



Cacharros de arcilla barnizados, del Brasil, $\frac{1}{5}$ de su tamaño
(Existentes en el Museo Etnográfico de Munich)

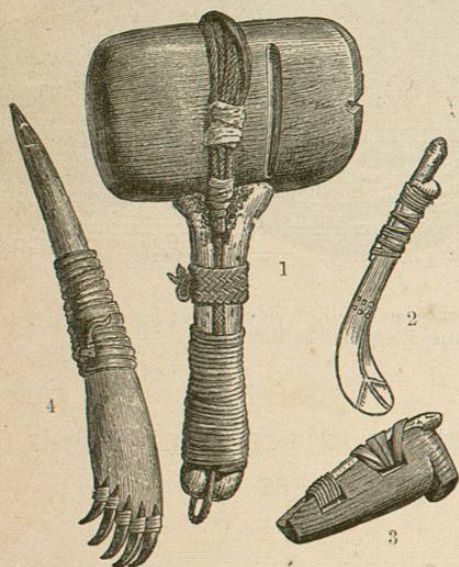
FERNANDO DE MAGALLANES Y EL ESTRECHO MERIDIONAL QUE LLEVA SU NOMBRE

Dos acontecimientos de gran importancia fueron los que en el primer cuarto del siglo XVI suspendieron el extender más las posesiones de los españoles en la América del Norte, haciéndoles fijar toda su atención en la parte meridional del Nuevo Continente.

Estos dos acontecimientos fueron el hallazgo de un paso meridional á las Indias por Fernando de Magallanes y el descubrimiento y conquista del Perú por Francisco Pizarro.

Si nos ocupamos en primer lugar del hallazgo de Magallanes, tenemos que advertir que es porque desde poco después de la muerte de Cristóbal Colón empezó á ganar terreno de día en día entre los cosmógrafos del siglo XVI el convencimiento de que las islas y países descubiertos por él y sus sucesores no tenían ninguna relación con Asia y las Indias, sino que debían de pertenecer á un nuevo y hasta entonces desconocido continente.

Acercas de la forma de éste se tenían aún ideas muy vagas y confusas. La mayoría de los países descubiertos se consideraban como islas de mayor ó menor circunferencia, y hablábase de una «isla de Santa Cruz» (Brasil), de una «isla Bimini» (Florida), de una «isla de Yucatán», de otra «isla Corterealis» (Labrador), de una «isla de Bacalar» (Nueva Funlanda?) y otras muchas más, á las cuales se creía situadas muy cerca de la costa oriental de Asia y de la isla de Zipangu (Japón). Estas apreciaciones de los cosmógrafos de aquella época se ven expuestas claramente en el globo terráqueo diseñado en el año de 1515 por el profesor Juan Schoner de Nurenberg,



Utensilios de los esquimales de Labrador: 1, Martillo de jade. — 2 y 3, Instrumentos para fabricar las puntas de flecha de cuarzo. — 4, Rascador. (Existentes en la Christy Collection, Londres.)

que es, entre los trabajos de este género de Silvanus, Leonardo de Vinci, Frisius, Coppo, Münster y otros, la representación más característica. Por esta carta se ve que su autor se figuraba al Nuevo Mundo como un amontonamiento de muchas y diversas grandes islas, y que no tenía idea de que estas supuestas islas no eran en realidad sino partes de un solo y unido continente que se extendía como una inmensa barrera desde el polo Norte hasta casi el polo Sur.

Que había pasos desde dichas islas á la India y á Zipangu era cosa corriente entre todos los contemporáneos de Schoner, y por eso se ven también representados en su carta tres estrechos que conducen á las islas de La Especería, situadas al Oeste de América, y á Zipangu.

La creencia de que existía el estrecho de la América Central, con tal porfía buscado por Colón y sus sucesores, hizo que Schoner señalase éste en dirección del istmo de Darién. Un segundo paso, buscado también inútilmente por espacio de muchos siglos, lo consigna Schoner entre La Florida y «Terra Conterealis» (Labrador), descubierta ya en los años de 1500 á 1502 por los hermanos Cortereal, y por último el tercer estrecho, en el extremo Sur de Terranova (América del Sur).

De especial interés es la consignación de este tercer paso, pues nos

vemos ante el hecho especial de que Schoener, ya el año de 1515, es decir, muchos antes del verdadero descubrimiento del Estrecho de Magallanes, lo consignase en su globo de una manera muy aproximada á la realidad de la situación que ocupa.

Está plenamente probado (1) que los dos ejemplares casi iguales de este globo que se hallan uno en Francfort del Maine y el otro en la Biblioteca Militar de Weimar, fueron hechos antes de la travesía de Magallanes y del año de 1520.

Las diversas opiniones acerca de esto, no están conformes en los datos ó medios de que se valió Schoener para consignar la situación del Estrecho del Sur de un modo tan rayano á la verdad.

Algunos investigadores acarician la idea de que Schoener supo combinar felizmente los distintos acontecimientos acaecidos en las expediciones realizadas hasta el año de 1515, y que de ellos dedujo acertadas conclusiones; pues si bien es verdad que de las travesías llevadas á efecto por Cabral, Vesputio y Coello á las costas del Brasil, que ya anteriormente hemos mencionado, se podía deducir que la costa oriental de la supuesta isla de Santa Cruz retrocedía cada vez más en dirección S. O., en cambio por las noticias de Balboa, el descubridor del Grande Océano, constaba que la costa occidental de dicho país se extendía hacia el Sur en una gran distancia, y esto debió servir á Schoener para sacar la conclusión de que las dos costas debían de encontrarse en alguna parte al Sur, lo cual hacía posible el que se pudiera dar la vuelta al mencionado país, que formaba sin duda una punta hacia el Mediodía.

Wieser, por el contrario, apoyándose en sus propias investigaciones, deduce que Schoener, para su representación del Estrecho del Sur, se sirvió principalmente de un impreso titulado *Copia der Neuen Zeitung aus Presillg Landt*, que apareció á principios del siglo XVI en Augsburgo. Dicho impreso, que no llevaba nombre de autor ni fecha, parece que daba noticias de una expedición particular que, probablemente á las órdenes del portugués Cristobal Yaquez, se hizo á la vela por el año 1509 con dirección á la tierra de Santa Cruz descubierta por Cabral, siguió luego por la costa del Brasil hasta el río de La Plata, y tomó erróneamente la gran desembocadura de este último por un estrecho.

Sin ocuparnos más en este asunto, queremos, sin embargo, hacer observar que cuanto más desaparecía la esperanza de hallar en la América central un paso que condujese á la India, mayor era la seguridad que se tenía de encontrarlo en las regiones septentrionales y meridionales del

(1) *El Estrecho de Magallanes y el Continente austral en el Globo de Johannes Schoener*, por Wieser, págs. 19 á 28.

Nuevo Mundo, por lo cual ya en la primera década del siglo XVI se ocupaban seriamente en España en el proyecto de hallar un paso meridional. Principalmente Américo Vespucio, nombrado el año de 1508 piloto mayor del reino, parece que acogió calurosamente esta empresa y es más que probable que á su iniciativa se debió que tuviese efecto la expedición que en el año de 1508, y á las órdenes de los dos bizarros navegantes Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, llevaba la misión de intentar su arribo á las islas de Las Especias pasando por el Estrecho del Sur.

Siguiendo la costa del Brasil la expedición llegó hasta los 40° de latitud S.; y por más que se viese obligada á regresar sin haber conseguido su objeto, siguióse creyendo firmemente en la existencia del paso.

En el año de 1509 Solís entabla negociaciones con el gobierno español para realizar una nueva expedición con el mismo fin que la precedente; mas habiendo protestado contra esto el rey de Portugal por creerse lastimado en sus derechos sobre el país de Santa Cruz, quedaron paralizadas las negociaciones hasta el año de 1515, en el cual año obtuvo al fin Solís tres barcos bien equipados.

La estación era entonces mucho más á propósito para realizar el viaje, y además ya en aquella época había alcanzado mayores probabilidades de realidad la existencia del paso del Sur, atendido á que en 1513, al descubrir Balboa en las inmediaciones del Golfo de Darién el mar del Sur, los indígenas le manifestaron que dicho mar era dilatadísimo y que la costa de la América del Sur se extendía en aquella dirección en una gran distancia. Alentada por la esperanza de que la costa llegaría á unirse con la del Brasil en algún punto del Mediodía, autorizó la Corona de España á Juan Díaz de Solís para que navegase á lo largo de la costa del Brasil con rumbo al Sur, con objeto de descubrir por la otra parte de Castilla del Oro. Con este nombre de «Castilla del Oro» se denominaba en aquella época todo el territorio de la jurisdicción de Pedro Arias Dávila como igualmente los colindantes del Sur, ó sea los actuales Estados Unidos de Colombia.

Si Solís lograba llegar á Castilla del Oro, debía entregar al gobernador de aquella una carta para el rey, con el encargo de hacerla llegar cuanto antes á su destino. En dicha carta describiría con toda exactitud el viaje, y en cuanto la dejase en poder del gobernador proseguiría su marcha sin dilación á lo largo de la costa (Méjico no había sido aún descubierto) en dirección Norte, procurando internarse por este camino hasta el mar Caribe y Cuba, punto este último donde entregaría una segunda carta para el rey, hecho lo cual emprendería inmediatamente el regreso á la patria.

Desgraciadamente no estaba destinado Solís á realizar este grandioso plan tan maduramente pensado. Cierito es que después de haber

zarpado el 8 de octubre de 1515, con tres barcos, del puerto de Lepe (Huelva), llegó al Brasil, cuya costa reconoció minuciosamente, descubriendo la magnífica bahía de Río de Janeiro, y siendo el primer europeo que penetró en ella. En el año de 1516 llegó, por los 36° de latitud meridional, á la desembocadura del río de La Plata al cual dió Solís el nombre de Mar Dulce, mas sólo para hallar allí la muerte, pues al desembarcar en la costa en unión de dos oficiales y siete soldados, para tomar posesión de



Bahía de Río de Janeiro (De un grabado de la *Weltkunde de Harnisch*)

aquellas tierras en nombre del rey de España, tuvo un encuentro con los habitantes del país y fué muerto y devorado (1) por ellos, juntamente con ocho de sus compañeros (2).

(1) Han dicho algunos autores que Solís fué devorado en seguida; pero escritores de gran autoridad sostienen que los pobladores de la margen oriental del caudaloso río no eran antropófagos, y en su consecuencia niegan el hecho (N. del T.).

(2) Creíase que sólo un español había quedado con vida en esta ocasión, y que éste vivió once años con los indígenas; pero el Dr. Andrés Lamas, con fecha 11 de octubre de 1884, insertó en la *Nueva Revista de Buenos Aires* un notable trabajo acerca de la muerte de Juan Díaz Solís, en el cual decía: «Con el correr del tiempo se supo que no

Habiendo agregado á esta desgracia la pérdida de uno de los barcos que se fué á pique en la laguna de los Patos, pereciendo toda su tripulación, desanimáronse por completo los demás expedicionarios y emprendieron el viaje de regreso á España con cargamento de palo de Brasil, sin haber llegado más allá de la desembocadura del río de La Plata al que dieron el nombre de Río de Solís en recuerdo del malogrado y célebre navegante.

Durante algunos años abandonáronse todas las tentativas encaminadas á hallar el paso del Sur; sólo á un capitán portugués llamado Hernando de Magalhaes le estaba reservado el emprender esta empresa y verla coronada por el éxito.

Magalhaes ó Magallanes (1), pues con este último nombre es más conocido, nació por el año de 1480 en Saborosa, provincia de Tras os Montes, y dejaba un borrascoso pasado tras de sí cuando emprendió su célebre travesía, pues ya había realizado diversos viajes de algunos años de duración á las Indias y tomado parte muy activa en las guerras de los portugueses contra los moros, habiendo sido gravemente herido en una pierna durante una de estas campañas, de resultas de la cual herida quedó cojo. A pesar de haberse distinguido repetidas veces en dichas navegaciones y campañas, no halló en la corte de Portugal la acogida que merecían sus aptitudes y servicios, y hasta le fué denegada la petición que hizo al rey en solicitud de un ascenso en su categoría y el aumento de medio ducado mensual en su sueldo. Y al ver Magallanes que gentes más jóvenes y de menos merecimientos que él eran preferidas, sintióse profundamente lastimado en su orgullo, y á principios del año de 1518 renunció formalmente á la plaza subalterna que ocupaba en la corte portuguesa y ofreció sus servicios al rey de España. Dos amigos suyos, el astrónomo Ruy Faleiro y el rico comerciante Cristóbal de Haro, imitaron su conducta.

En la corte española halló Magallanes la más favorable acogida, y su proyecto pareció de la más alta importancia á los individuos del Consejo de Indias. Como es sabido, el papa Alejandro VI, en el año de 1493, había dividido de tal modo entre España y Portugal los países aun no descubiertos, que á los españoles les correspondían las tierras situadas al Oeste de

todos los compañeros de Solís habían sido muertos. Cuando Gabotto vino á este río (el de la Plata) en 1527, encontró vivos tres de los hombres de Solís: Melchor Ramirez, vecino de Lepe; Enrique Montes y Francisco del Puerto.» (N. del T.)

(1) Creemos deber hacer constar que el nombre de Magalhaes ha sido alterado por la posteridad del mismo modo que el de Motecusuma y Fernando Cortés, transformados en Hernán Cortés y Montezuma. La transformación del nombre de Magalhaes en el de Magellán se debe á los franceses.

la célebre línea de demarcación, mientras que los portugueses tenían derecho sobre los países situados en la mitad oriental del globo terráqueo.

Magallanes, que compartía el error de sus contemporáneos al creer que la India y el Nuevo Mundo estaban situados muy cerca el uno del otro, creía poder demostrar, tanto por propia experiencia, como por las cartas de su amigo Serrano, que aún permanecía en la India, que las ricas Molucas ó Islas de las Especies, no estaban situadas, como se creía generalmente, en territorio portugués, sino comprendidas entre las pertenecientes á los españoles, y que, por lo tanto, eran propiedad de España.

Magallanes se comprometía á descubrir un camino más corto para llegar á dichas islas, aprovechando un estrecho que debía de hallarse, sin duda alguna, en el extremo meridional del Nuevo Mun-

Facsimile de la firma de Magallanes

do; y como se comprometiera á llevar á efecto esta expedición á expensas suyas y de su amigo Haro, no vaciló la corte de España en utilizar los valiosos servicios de un hombre por medio del cual podía verse España rica y próspera con la posesión del más renombrado y maravilloso país de la Tierra.

Las negociaciones entabladas tuvieron por remate la celebración de un contrato que concedía á Magallanes el privilegio de ser el único que durante los primeros diez años pudiese ir á la India por el paso ó estrecho que descubriese, salvo el caso de que el rey tuviera necesidad de enviar allí algunas personas. Aparte de esto, le correspondería un tanto por ciento determinado de los beneficios que produjesen las islas descubiertas por él, y tendría también derecho á proveerse en cada expedición de objetos de tráfico hasta la suma de 1,000 ducados. Además, tanto á él como á sus hijos se les concedió el título y rango, hereditarios, de Adelantado y Gobernador. Creyéndose conveniente que la expedición fuese aprestada en nombre y á expensas de la Corona, no se aceptó la oferta del comerciante Haro, de adelantar el dinero necesario para esta empresa.

El convenio fué firmado el 22 de marzo de 1518 y se pusieron á disposición de Magallanes cinco barcos abastecidos para dos años y con 234 individuos de tripulación.

Pero antes de que esta pequeña escuadra se hiciera á la vela hubo que vencer innumerables dificultades, pues Portugal, que se creía lastimado en sus derechos, puso en juego todo género de ardides é intrigas para impedir su salida. Procuraba por todos los medios hacer volver á Magallanes al servicio de la corona lusitana; y al convencerse de que eran

inútiles sus esfuerzos, se trató de quitarle violentamente de en medio, á la vez que se protestaba oficialmente en la corte española contra la empresa, entablándose con este motivo una larga correspondencia diplomática entre ambos países, que dilató mucho la partida de Magallanes, el cual no pudo salir del puerto de Sanlúcar de Barrameda hasta el día 20 de septiembre de 1519. Los cinco buques que llevaba se llamaban *Trinidad*, *San Antonio*, *Concepción*, *Victoria* y *Santiago*.

La tripulación de las embarcaciones era sumamente heterogénea, pues además de la mayoría de españoles que la componían, había 17 portugueses, 23 italianos, 10 franceses, bastantes alemanes, ingleses, flamencos, noruegos y griegos.

La escuadrilla emprendió el acostumbrado derrotero: pasando por las islas Canarias cruzó el Océano y llegó al fin á la costa de Santa Cruz, el actual Brasil. La travesía se efectuó sin otro incidente que el de verse obligado Magallanes á poner preso al comandante del *San Antonio*, capitán Juan de Cartagena, y destituirle de su empleo por desacato y mal comportamiento.

En enero del año de 1520 llegó la expedición á la desembocadura del río de Solís, y del minucioso reconocimiento practicado, resultó que no existía estrecho alguno. En una de estas exploraciones se dió á una colina en forma de sombrero, situada en la costa Norte, el nombre de *Monte video*, el cual nombre, transformado en Montevideo, se ha conservado en la Geografía hasta el presente (1).

A principios del mes de febrero abandonaron la desembocadura del río de La Plata, navegando hacia el Sur por aguas completamente desconocidas. Magallanes, que observaba minuciosamente cada recodo y cada desembocadura de río, siguió la costa baja y sin puertos de Patagonia, y llegó, á los 42° de latitud Sur, á la espaciosa bahía de San Matías.

Aunque Magallanes no había hallado aún el buscado estrecho, como observara con satisfacción que la costa conservaba hasta entonces su tendencia de retroceso hacia el Oeste, prosiguió con buen ánimo la travesía hacia el Sur, á pesar de las borrascas.

Después de haber doblado los promontorios Blanco y Deseado de bastante altura, llegaron el 31 de marzo, bajo los 49°15' de latitud Sur, al anchuroso puerto de San Julián.

Como empezaran á sentirse en toda su crudeza los rigores del invierno y fuertes temporales pusieran á los buques en gran peligro, decidió Magallanes invernar allí y esperar estación más favorable para proseguir el viaje.

(1) Véase: *Historia de los viajes de descubrimiento del Estrecho de Magallanes*, de Kohl (*Diario de la Sociedad für Erdkunde*, de Berlín, tom. XI, pág. 337).

Esta decisión halló gran resistencia en los capitanes y tripulación de los barcos, á causa de presentar el país un aspecto por demás árido y triste, á la vez que por ser sumamente desagradable la crudeza del clima. Todos creían que llegarían á morir de hambre en aquella inhospitalaria costa, é insistían vivamente en su deseo de regresar á España, mucho más cuando los resultados obtenidos hasta entonces en el viaje, habían demostrado suficientemente que el estrecho buscado por Magallanes era una presunción irrealizable. Decían también que se habían internado hacia el Sur más que ninguno de los navegantes que habían surcado aquellos mares, y que en las futuras tentativas hallarían indudablemente un fin desastroso. Con gran firmeza demostró Magallanes que el invierno que tan fundados temores les infundía pasaría pronto, y que los productos de la caza y de la pesca bastarían para no sentir el hambre. Dijo también que no pensaba volver á España hasta haber hecho algo y prestado algún importante servicio y que estaba firmemente resuelto á morir antes que emprender cobardemente el regreso.

Estas declaraciones no consiguieron tranquilizar á la gente, sino que, por el contrario, no tardaron en estallar las discordias alimentadas por los descontentos en abierta y franca rebelión. A la cabeza de los revoltosos pusieron el capitán Gaspar de Quesada y Juan de Cartagena; este último, como ya hemos dicho anteriormente, había sido destituido de su empleo por Magallanes.

Los sublevados, después que hubieron conseguido atraerse á los tripulantes de la *Concepción*, apoderáronse durante la noche, empleando para ello la fuerza y la astucia, de la gente de otros dos barcos, encontrándose Magallanes á la mañana siguiente con que sólo disponía de las tripulaciones de la *Trinidad*, que capitaneaba, y del *Santiago*.

Los amotinados, que eran superiores en fuerza, exigieron á Magallanes que pasara á bordo de sus barcos para tratar en consejo lo que sería más conveniente hacer para el mejor servicio del rey. Pero el almirante no era hombre que se dejase sorprender, y rechazó enérgicamente semejante exigencia, haciendo observar que, siendo como era capitán general de la escuadra, á él competía exigir que todos los capitanes fuesen á bordo del buque almirante en el cual se procedería con justicia.

Como los rebeldes le contestasen que no se atrevían á pisar su barco y de nuevo le exigiesen que fuese él á bordo del *San Antonio* donde se hallaban todos reunidos, decidió Magallanes vencerlos uno á uno por medio de la astucia y de la fuerza. Al efecto, envió un bote con seis hombres armados á bordo de la *Victoria* para que entregasen una carta al capitán Luis de Mendoza, jefe de aquella tripulación rebelde. Antes de que éste hubiese concluido de leerla recibió en el cuello una puñalada que le

dió el contramaestre Espinosa dejándole muerto en el acto. Completamente trastornados los tripulantes, no se opusieron á que Espinosa tomase el mando, izase la bandera de Magallanes y condujese al barco junto al almirante. Viéndose así debilitados los rebeldes, quisieron huir por la noche con los dos barcos que les quedaban; pero Magallanes, con sus embarcaciones, cerróles la salida del puerto y atacó á los enemigos con descargas de fusilería venciendo primero al *San Antonio*. A la cabeza de sus leales subió á bordo y preguntó á la tripulación espada en mano:

— ¿Por quién estáis?

— Por el rey y por vuestra merced, contestaron á una voz.

Después de esto, con poco trabajo conquistó el otro barco rebelde, cogiendo y encadenando á los causantes del motín.

Magallanes juzgóles con gran severidad. Quesada fué inmediatamente decapitado, y el cadáver de Mendoza descuartizado; Cartagena, como asimismo el capellán Sánchez de la Reina, que había hecho causa común con los rebeldes, siguieron encadenados para desembarcarlos más adelante allí cuando se continuase el viaje.

Restablecida que fué la disciplina con tan severas medidas, tomó Magallanes las disposiciones convenientes para defenderse del invierno. Los buques fueron atracados á la orilla, y se edificó en tierra firme una casa de piedra, bastantes chozas, una herrería y un pequeño observatorio, desde el cual el cosmógrafo y astrónomo Andrés de San Martín llevó á efecto diferentes observaciones, fijando con bastante certeza la situación de aquel paraje, en los 49°18' de latitud meridional.

La estancia en este cuartel de invierno fué de cuatro meses y veintiocho días, empleando los navegantes este tiempo, en reparar los barcos, cazar, pescar y hacer pequeñas excursiones al interior del país. Este último tenía un carácter sumamente monótono: altas, onduladas y áridas llanuras cortadas por algunos valles y que subían en diversos puntos formando verdaderas colinas. Transcurrió bastante tiempo sin que los expedicionarios supieran que estaba habitado este país, hasta que un día vieron un hombre de tan elevada talla que un español de regular estatura tan sólo le llegaba al pecho. Iba vestido de pieles; la cara y lo que se le veía del cuerpo lo llevaba pintado de color rojo, y dos grandes círculos amarillos rodeaban sus ojos, llevando además en cada mejilla una mancha en forma de corazón. Tenía el pelo cortado al rape y embadurnado con una especie de masa blanca. Iba armado de un sólido arco y flechas con puntas de pedernal.

Las gentes de Magallanes consiguieron captarse la simpatía del salvaje y que visitara los barcos, donde devoró un cesto entero de galleta. Más tarde hallaron algunos pequeños grupos de este pueblo, que llevaba

verdadera vida nómada, y que tan pronto levantaba en una como en otra parte sus chozas, hechas de pieles de animales.

La casualidad, según parece, hizo que entre estas hordas que vieron los españoles se hallasen algunos individuos de extraordinaria estatura (1). Las exageradas descripciones hechas, andando el tiempo, por algunos españoles relativas á estos indígenas, dieron origen á la creencia de que los patagones eran gigantes.

La palabra *patagón*, que significa *pie grande*, fué dada por los españoles á los indígenas, sin duda porque estos salvajes calzaban durante el invierno unas informes abarcas hechas de pieles de animales, que imprimían grandísimas huellas en la nieve; por lo cual los viajeros españoles dedujeron que éstas sólo podían proceder de gigantes.

La fuerza de los patagones, que sólo se alimentaban de carne cruda y fresca y de una especie de raíz dulce llamada *capar*, tuvieron ocasión de apreciarla los españoles al tratar de coger á uno de estos gigantes para llevarle á España. Nueve marineros no bastaron á sujetarle, pues aun después de haberle arrojado á tierra y atado fuertemente, levantóse de un salto, rompió las ligaduras y huyó. Después de algún tiempo lograron por medio de la astucia apoderarse de algunos de estos hombres gigantes, pero no arribaron á España, pues murieron todos en la travesía.

Cuando después de larga permanencia en San Julián pudo pensarse en proseguir el viaje, envió Magallanes delante al *Santiago* á fin de que su capitán reconociese la costa y que el resto de la escuadra no tuviese que detenerse en explorar las bahías. Este barco, mandado por Juan de Serrano, llegó hasta la bahía de Santa Cruz, donde fué sorprendido por un fuerte huracán que le destrozó arrojándole contra la costa. Con gran trabajo pudo salvarse la tripulación, que consiguió volver al cuartel de invierno después de penosa marcha á lo largo de la costa.

Poco después continuó el viaje el almirante con toda la escuadra; dejó á los dos rebeldes, Cartagena y Sanchez de la Reina, en el solitario desierto, y se hizo á la vela el 24 de agosto.

De nuevo tuvieron que luchar con fuertes temporales, á consecuencia de los cuales tanto los marineros como los oficiales llegaron á amilanarse. Pero Magallanes continuó impertérrito sin conmovirse ante ninguna observación, por más que fueron hechas «entre muchas lágrimas y suspiros» según dice el cronista Antonio Pigafetta, que acompañaba la expedición.

(1) Aunque la talla general de los patagones es de 1,72 metro, hay sin embargo algunos individuos, lo mismo entre éstos que entre los pueblos de las praderas de la América del Norte, por ejemplo entre los dakotas y mahoves, que exceden de 2 metros.